



Juan Valera

Notas de sociedad

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Juan Valera

Notas de sociedad

Baile en casa de don Carlos Calderón. Representación dramática en casa de los duques de Medinaceli

La experiencia ha venido a demostrar a quien escribe este artículo que no hay género alguno de literatura más difícil ni que requiera calidades más raras y exquisitas que este, hoy en moda, de informar al público curioso de una fiesta, de un baile, de una reunión divertida que en una casa particular se ha celebrado. El escritor que acepta semejantes asuntos camina entre dos escollos, peligrosísimos ambos: o bien con su exagerada melifluidéz y con sus encomios superlativos empalaga al lector, se pone algo en ridículo y de rechazo, ridiculiza también, a pesar suyo, a los mismos a quienes propende a ensalzar, o bien se expone a pasar por tibio o por avaro en las alabanzas, ya que no le tachen de censurar lo que no debe censurar rayando en grosero y desagradecido.

Debemos confesar aquí paladinamente que nadie ha sabido salvarse de estos escollos, que nadie ha logrado evitar, cuando no allanar estas dificultades, con más primor, con mejor fortuna y con tino más certero que el famoso Pedro Fernández, si no inventor, cultivador dichoso del mencionado género literario en España. Muchos hemos querido seguir sus huellas, muchos hemos tratado de competir con él; pero todo ha sido en balde. Hemos escrito nuestros artículos de frac negro y corbata blanca, sobre papel satinado y perfumado, esforzándonos en ser tan finos como el que más; pero la Musa del buen tono y de la elegancia no ha querido inspirarnos, y nuestras crónicas de los salones no han tenido aquel perfume, aquella leve fragancia de lirios, aquella dulzura delicada, blanda y amorosa que tenían las de Pedro Fernández y que halagaban la imaginación y la inocente vanidad de las hermosas damas en cuyo elogio él se extendía.

A pesar de lo desengañados que estamos; a pesar de la convicción profunda que tenemos de lo difícil y aventurado de la empresa, no podemos hoy dejar de acometerla de nuevo. La vida política del día, el Parlamento, los casinos, el Ateneo, los cafés y hasta las plazas y las calles, donde se discuten los negocios públicos, han alejado bastante de la sociedad femenina a los hombres más inteligentes. El papel de *cavalier servant*, el oficio de galanteador platónico, se va haciendo cada día más raro entre los sujetos de algún valer. Apenas si lo toman ya otros que no sean jovencitos imberbes o señores insignificantes. Este abandono en que la política deja a las damas justifica y aun explica por qué son neocatólicas y absolutistas la mayor parte de ellas. Y por cierto que tienen razón de sobra. Bajo el antiguo régimen podían y valían más. Hombres de mucha importancia consagraban a ellas sus servicios. Entonces se podía decir más a menudo: *Pour plaire à ses beaux yeux.*

J'ait la guerre aux rois, le l'aurais faite aux dieux; pero en el día de hoy consagran los hombres, o dicen que consagran, su vida a una idea, filosofan por demás, hablan de razas latinas y no latinas y se olvidan de lo más excelente y bueno de todas las razas, de la mitad más bella del género humano: de las mujeres.

Volvamos, pues, por ellas, aunque no sea más que para reconciliarlas con los periódicos, con el parlamentarismo y con todos estos asuntos de ahora, que son causa de que se las olvide y de que tratándolas menos, nos vayamos haciendo más rudos y vayamos perdiendo, si alguna vez lo tuvimos, aquel atildamiento caballeresco que sólo al lado de ellas se adquiere.

La ocasión no puede ser más a propósito para ensalzar hasta las nubes sin tocar en la hipérbole, la hermosura la elegancia y la discreción de las demás de Madrid. En el baile que tuvo lugar el sábado último en el lindísimo palacio del señor don Carlos Calderón y en la función dramática del domingo se han visto las muestras más claras de estas brillantes calidades.

Daremos antes alguna noticia del baile y hablaremos luego de la presentación, en la que habremos de extendernos más.

La casa del señor Calderón se abría por primera vez y por completo a la sociedad elegante de Madrid. Ya en el piso bajo habíamos tenido dos o tres bailes, pero los salones del piso principal aún no se habían abierto.

Son éstos lujosísimos, de una bella arquitectura, y adornados con el mejor gusto. Infinito número de bujías los inundaban de luz, y de armonía una bien acordada e invisible orquesta. No nos detendremos en describir los adornos, los muebles, la riqueza de aquellos suntuosos aposentos, los magníficos espejos que parecían duplicarlos, las sedas y molduras que revestían las paredes, las bonitas pinturas de los techos, las estatuas de bronce que sostenían los candelabros, las arañas de cristal y de metal dorado, las flores, las alfombras y las colgaduras. De todas esas cosas, más bien guardamos en la memoria el conjunto, la agradable impresión, que no los circunstancia dos pormenores. Somos igualmente ignorantes en el arte de la arquitectura que en el más humilde del tapicero, y no acertaríamos con los términos técnicos ni describiríamos nada con exactitud aunque en ello nos empeñásemos. Para hacer esto bien convendría estar tan nutrido en materia de muebles, de cortinas y demás requisitos de una habitación elegante como se muestra monsieur Feydeau en su novela *Fanny*. Baste, pues, consignar aquí que todas aquellas estancias estaban publicando la opulencia del dueño y su buen gusto, lo cual no es menos raro, y lo cual no siempre va unido con la opulencia. De lo que no puede dejar de hacerse aquí muy especial mención es del patio de la casa, parecido a los de Sevilla, si bien cubierto de una hermosa bóveda de cristal y participando de la naturaleza y condición de los aristocráticos jardines de invierno que tienen en sus soberbios palacios los grandes señores que habitan en las frías orillas del Neva. Los cierres de cristales que separan del patio las galerías del piso bajo y del piso principal suben hasta la bóveda y forman con ella un todo completo y armónico. Se diría que imita aquel recinto, aunque sea en pequeño, el alcázar cristalino, levantado por la Gran Bretaña en el centro de Hyde-Park para guardar y mostrar en él las más selectas producciones y los más primorosos trabajos del arte y de la industria. En el suelo del patio mismo que tan ligeramente hemos tratado de describir había varias fuentes y surtidores, cuyas aguas formaban iris con la refracción de la luz que en sus gotas transparentes se quebraba, deleitaban el oído con su murmullo apacible y refrescaban el ambiente. Vistasas plantas y galanas flores de entre trópicos completaban el adorno del mencionado patio, alzándose sobre una alfombra de verde igual y mullido césped. Cuatro candelabros grandísimos y una araña de bronce, que pendía de la bóveda de cristales, lo iluminaba todo con gas.

La galería del piso principal, que se extiende en torno del patio, era el lugar adonde acudían con preferencia los que no bailaban. Las puertas de cristales que caen al patio estaban abiertas y daban paso a los balcones, que era como hallarse en el patio mismo.

Ya que hemos caído en la tentación de pintar los primores de este palacio, no podemos echar en olvido el magnífico salón donde estaba la ceña y las habitaciones particulares del señor Calderón, abiertas a los fumadores. En estas últimas hay armarios para libros, armas formadas en panoplias y otros muebles y adornos que pueden estimarse por verdaderos objetos de arte. Sólo lamentamos y tenemos por abuso y por condescendencia, aunque generosa, reprehensible, esto de dar cigarros y de consentir que en un baile se fume. Los que se aprovechan de esta generosidad y vuelven a los salones después de haber fumado no saben, de seguro, cuánto pierden, porque, si lo supieran, no lo harían. Las ropas y el aliento les huele entonces a tabaco de una manera hartamente enojosa, y esta peste se difunde en tomo de ellos y contrasta con el suave aroma que la mujer limpia y *comme il faut* suele esparcir por donde pasa. No sabemos cómo hay mujer a quien puedan enamorar después de esto. Indican asimismo con este mal oler a tabaco que prefieren el humo acre de aquel narcótico a los encantos de la conversación, de las miradas y de la hermosura de las damas, a quienes dejan por ir a fumar.

Ya que en los bailes haya salón donde se fume, debía haber a la puerta de dicho salón un portero que no consintiese la entrada en él sino a los viejos de sesenta años para arriba. En los mozos no debiera ser lícita esta falta de galantería. El que va allí hace como si dijera: «No me divierto; no me interesan esas mujeres; un cigarro me parece más interesante.» ¡Qué blasfemia! Y, sobre todo, ¡qué blasfemia tratándose del baile del señor Calderón, donde se hallan las más bellas y elegantes mujeres de Madrid, que es como si dijéramos del mundo todo! Pondremos aquí una lista, aun cuando sea incompleta, y el lector calculará el aspecto admirable que debían presentar aquellos salones. Allí estaban su alteza la infanta doña Isabel Fernandina, las señoras y señoritas de Bernar, Riquelme, Patilla, Claramonte, Ceriola, Benalúa, Bailén, Barrot, Villalobos, Brunetti, Bohorques, Urbina, Monistrol, Roca de Togores, Soveral, Ferraz, Mariategui, Bayo, Cueto, Saavedra, Soriano, Bustillo, Chacán, Henestrosa, Díaz, Gil Delgado, Santoyo, Vinent, Hoyos, Infante, Miraflores, Concha, Tamames, Cimera, Sotomayor (don José), Fonseca, Velluti, Figuera, Uribarren, Samaniego, Padilla, Atienza, Olazábal, Arrangoiz, Gor, Malpica, Prendergast, Apodaca, Viluma, Echevarría y Mora; las vizcondesas de Armería y Manzanera; la baronesa de Hortega; las condesas del Real, Fuenrubia, Velle, Sástago, Nava de Tajo, Berberana, Torrejón, Cimera, Goyeneche y Campo Alange; las marquesas de Portugalete, Pezuela, Molins, Isasi, Duero, Habana, Javalquinto, Novaliches, Falces, Aranda, Heredia y Sotomayor, y las duquesas de Abrantes, Tetuán, de la Roca, Noblejas, Fernán-Núñez y Castro-Enríquez.

No hay que decir que la señora y la señorita de la casa, que son tan amables siempre, lo estuvieron por extremo aquella noche haciendo los honores de tan brillante función.

Pasemos ahora a la que dieron el domingo los duques de Medinaceli, y bien podemos decir, aunque los latines no vengán bien tratándose de estos asuntos, *paula majora canamus*. Bueno estuvo el baile del señor Calderón; pero la representación de que vamos a hablar hubo de vencerlo, porque se honró con la presencia de dos hermosas majestades: la de nuestra reina y la Poesía, a quienes fuimos todos a rendir culto y admiración en aquella casa. Sólo sentimos que siendo tan buenas artistas las señoras duquesas de Medinaceli y

marquesa de Villaseca y las señoritas de Torrejón, Paz y Álvarez de Toledo, y teniendo además estas artistas apellidos tan castizos, tan españoles y tan ilustres, no desechen los *vaudevilles* traducidos del francés y no se empeñen en representar siempre originales de nuestros poetas contemporáneos o de los antiguos. ¿Quién mejor que la duquesa de Medinaceli haría el papel de la condesa Aurora en *El castigo del penseque*; de Diana, en *El desdén con el desdén*, o de la heroína de *El perro del hortelano*, de Lope? ¿Quién podría interpretar como la linda y discreta marquesa, su hermana, aquellas damas tan agudas de Calderón, aquellas ingeniosas y traviesas mujeres de Tirso? Bretón de los Herreros, Ventura de la Vega y Serra tienen comedias lindísimas que pintan graciosamente las costumbres del día y que las ilustres actrices debieran también representar sin recurrir a traducciones. Decimos esto, no porque el que se den traducciones en el palacio del duque de Medinaceli nos parezca mal, sino porque nos parecería mejor que se diesen comedias originales. Dos príncipes extranjeros de la familia de Luis Felipe, un ayudante del emperador de Francia, que ha venido a traer el gran cordón de la Legión de Honor al príncipe de Asturias; un guardia noble del Papa, que ha traído el capelo a un cardenal español del Cuerpo diplomático extranjero residente en esta corte, y otras personas de distinción venidas de Francia e Italia asistieron a la representación y (¿por qué no hemos de confesarlo?) a nosotros nos pesaba de que una compañía dramática cuyos individuos se honran con los más gloriosos, antiguos y venerandos de nuestra historia, no representasen obras originales, dando quizá a entender a los ignorantes de nuestra literatura que no las tenemos buenas.

Fuera de esta observación que nos atrevemos a hacer, y que esperamos nos perdone la primera dama y empresaria del teatro, no hay nada que decir que no redunde en alabanza de ellos y de los demás actores y actrices. Aun esa leve faltilla de dar traducciones fue anteanoche subsanada con la representación de una graciosa comedia, de Serra, titulada *El comer y el rascar...* Hizo el primer papel de esta comedia la hermosa duquesa, y dio a conocer que es capaz de desempeñar papeles de mucho mayor empeño, papeles como los que hemos indicado que tan bien desempeñaría. Los señores Vega, hijos ambos del elegante poeta autor de *El hombre de mundo*; el señor Bulney, el señor Gonzalo Saavedra y el señor Huertas fueron los actores que tomaron parte en la representación de la comedia del señor Serra y de las otras dos traducidas, que también aquella noche se ejecutaron, a saber: *Don Gasparito*, o *Los primeros amores*, y *El maestro de baile*. Don Ventura de la Vega, hijo, hizo admirablemente el papel de Don Gasparito; pero compitió con él, y acaso se le adelantó, el señor Saavedra en el de maestro de baile, mostrándose un actor consumado en el género cómico y provocando la risa de los espectadores con sus jocosas piruetas, con el miedo y los apuros graciosísimos del extraño personaje que representaba. La señorita de Paz, que se prestó a hacer el papel de característica, nos ha confirmado en la alta idea que tenemos de su talento artístico. La marquesa de Villaseca hizo en *Don Gasparito* el papel de niña boba, acreditando el dicho de Cervantes de que para nada se ha menester más talento que para hacer bien este linaje de papeles. La marquesa fingió lindamente la bobería, por lo mismo que tiene tanta discreción e ingenio. Hizo, por último, la señorita de Torrejón en dos de las piezas el papel de criada con cierto desengaño y chiste de buena traza, que nos trajo a la memoria a la célebre actriz francesa Agustina Brohan.

El teatro donde se presentó este espectáculo es muy bonito. En la sala cabrán holgadamente doscientas personas. Allí estaban, como ya hemos dicho, su majestad la reina, que se mostró complacidísima de la función; su majestad el rey, los serenísimos señores duques de Montpensier, el infante don Sebastián y los nietos de Luis Felipe, de que

ya hemos hablado. Se hallaban también, vestidos de uniforme, los generales duque de Valencia, marqués de Duero, de San Román y de Miraflores; los duques de Osuna, Alba, Abrantes, Ahumada, Bailén y Fernandina, y otros individuos de nuestra primera aristocracia. Asimismo asistieron algunos artistas y poetas, como los señores Romea, Arjona, Manuel del Palacio, el ya mencionado don Ventura de la Vega y el ilustre marqués de Molins.

Las damas que daban brillo a la reunión eran de las más celebradas en Madrid por su belleza y elegancia. Citaremos sólo, por no pecar de prolijos, a las marquesas de Aranda y de Heredia, a la condesa de Scláfani, a la señora de Quesada y a las señoritas de Osuna, Concha, Rubianes, Caballero, Ozores, Álvarez de Toledo y Abrantes.

Todos los aposentos del extensísimo palacio estaban abiertos y riosamente iluminados. La concurrencia pudo discurrir y discurrió por ellos, después de terminada la representación, admirando los bellísimos cuadros y los objetos de arte que atesora. Hubo, por último, una cena espléndida, y la reunión acabó después de las tres.

No tenemos tiempo ni lugar bastante en nuestro periódico para detenernos en describir todas las circunstancias de esta agradable función que han dado los duques de Medinaceli. La introducción o prólogo, aunque valga poco, ha sido menos malo que el cuerpo de esta obrilla, si obrilla puede llamarse a esta desaliñada reseña. Pero por la prisa se nos perdonarán muchos defectos, y hasta el de no haber sido breves, ya que no hemos acertado a ser ingeniosos.

Repetimos que es difícil por demás este género de literatura. Para escribir en él se necesitan quintaesencias de elegancia, de que carecemos; para elogiar con delicadeza y sin cansar, pero como ella se lo merece, a la hermosa señora que recibió en su casa y agasajó anteanoche tan elegantemente a su reina, sería menester una inspiración que no nos acude.

Quédese, pues, esto aquí, y tratemos de estar mejor apercebidos pasado mañana, día en que tendremos que pintar el magnífico baile de trajes que se prepara en casa de los duques de Fernán-Núñez. Ojalá que entonces no nos suceda lo que ahora y nos quedemos también como abrumados por la dificultad de referir estas cosas, mucho más difíciles de referir, aunque infinitamente mucho más agradables de presenciar, que una sesión cualquiera de los Cuerpos colegisladores.

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).